

ELECCIONES EN MALTA

Centrados los focos informativos en las elecciones en Suecia y República Federal, quedaron algo en la penumbra las celebradas en Malta el 19 de septiembre, que dieron nuevamente el poder al partido socialista, acaudillado con ribetes dictatoriales por Dom Mintoff, aunque tuviera un triunfo limitado a tres escaños sobre el partido nacionalista y pro occidental del gastado física y políticamente doctor Borg Oliver en el Parlamento ampliado a 65 escaños. El hecho en sí carecería de relevancia dado el escaso peso específico de la llamada isla de Malta, que en realidad es un archipiélago comprensivo de tres islas y dos islotes, en total 314 kilómetros cuadrados, poblado por alrededor de medio millón de habitantes. La importancia del resultado electoral se deriva de la situación geográfica de Malta, que le permite controlar el Mediterráneo en tiempos de paz armada, mediante la acción aérea, y convertirse en base estratégica y logística en caso de guerra convencional, por ser tapón entre el Mediterráneo oriental y el occidental y Europa y el norte de Africa. Tal se evidenció durante la II Guerra Mundial al ser su posesión por Gran Bretaña determinante para la victoria sobre el Afrika Korps. De ahí que la orientación de la política exterior de Malta, consecuencia lógica del partido que gobierna, haya de ser motivo de atención y hasta de preocupación, en particular para los países de la OTAN.

De hecho, pocas auténticas sorpresas puede deparar la trayectoria exterior de Malta gobernada por Dom Mintoff, muy inteligente y astuto y uno de los políticos menos absurdos del mundo, de ser cierto que el hombre absurdo es el que no cambia nunca. En efecto, Dom Mintoff, primer ministro desde 1955 hasta 1958 de la Malta colonial, fue partidario acérrimo de la integración del archipiélago en Gran Bretaña. Mantenía esa postura al iniciarse en 1962 las negociaciones que llevaron a la independencia en mayo de 1964, mejor dicho, al

nacimiento de una nación que jamás había existido y cuyo nombre estaba vinculado a la Orden de Caballeros de San Juan o Malta, presentes en el archipiélago desde 1530 hasta 1798, año en que fue conquistado por Napoleón, sustituido dos años después por Gran Bretaña. Proclamada la independencia, Dom Mintoff pasa a ser partidario ferviente de una total desvinculación de Gran Bretaña, que había sido la postura del partido nacionalista, pero pro occidental, de Borg Oliver. No bien el partido socialista logró el poder en 1971, Dom Mintoff emprendió la tarea de modificar el rumbo de la política exterior de Malta, que resultaba involucrada en la OTAN al socaire de acuerdos suscritos con Gran Bretaña, dado que, de una parte, la VI Flota, desalojada de las bases libias, buscó acomodo en Malta, y de otra, que a partir de 1969 la OTAN había acordado crear la fuerza aliada naval en el Mediterráneo e instalado su cuartel general en La Valeta. Es decir, que Malta pasaba a integrarse en el dispositivo de defensa de la OTAN sin ser miembro de la misma, pese a su deseo que tropezó con la oposición de los países escandinavos, por muy democrática que fuera y es Malta. Por tanto, desde el punto de vista maltés estuvo justificada la postura de Dom Mintoff cuando denunció los acuerdos financieros y militares suscritos con Londres y válidos hasta 1974, ello con el inmediato propósito de sacar el máximo provecho económico del arriendo de bases. En cambio, para el mundo occidental esa decisión fue motivo de desasosiego por sugerir la posibilidad de una reconsideración básica de la política exterior de Malta que, al tiempo, empezaba a desarrollar gran actividad diplomática en los países árabes socialistas, en particular Libia, mientras que la URSS establecía una Embajada en La Valeta y enviaba una misión para estudiar la concesión de una ayuda económica a Malta, iniciativas que aconsejaron el traslado del cuartel general de la OTAN a Nápoles. Malta ya empezaba a plantear un interrogante, aunque se disiparan los nubarrones al conseguir 14 millones de libras esterlinas por el arriendo de bases a Gran Bretaña en lugar de los cinco millones anteriormente pactados. Liliput había podido con Gulliver, pero quedaba atado al mundo occidental por una cadena de plata, ya que no de oro como pretendía Dom Mintoff.

Es cadena frágil y uno de los temas más aireados por los socialistas durante la campaña electoral ha sido ahondar en la política de no alineación, por cierto ampliamente desarrollada en el transcurso de los últimos cinco años para enraizar en un neutralismo de tan difícil aplicación práctica que, en definitiva, el neutralismo se ase-

meja al antioccidentalismo. Por lo pronto es política que favorece en primer lugar a la revoltosa Libia, que tanto contribuye a sostener la economía maltesa, que se la puede calificar de protectora, y asimismo a la URSS, siempre favorable al neutralismo, sobre todo si el país que adopta tan ambigua postura desempeñaba papel destacado en los planes estratégicos occidentales. También China Popular echa su cuarto a espadas y ha concedido un crédito sin interés a Malta, donde la crisis económica es aguda, pero no parece que China Popular pueda tener decisiva incidencia en el gran problema existente en el Mediterráneo, que esencialmente es la lucha por el predominio en ese mar entre los Estados Unidos y la URSS, lucha que afecta a todos los países ribereños, incluida España, por supuesto. Es situación que en cierto modo resulta ser una versión actualizada de las guerras púnicas, en las que se dirimió el predominio de Roma o Cartago en la cuenca mediterránea.

Desde luego, la Historia no se repite. Su repetición sería la negación de la Historia, que implica sucesión de hechos y circunstancias, luego cambio. Con todo, salvadas las diferencias fundamentales de contexto histórico y protagonistas, habida cuenta de que los teatros geoestratégicos no varían, se producen similitudes entre hechos y circunstancias actuales y otros que se dieron hace siglos. Así, la expansión cartaginesa en el Mediterráneo fue obra de minorías rectoras más preocupadas por los negocios que por las glorias militares o implantación de su cultura. En su corta trayectoria como nación, los Estados Unidos han mostrado más afanes de actividad comercial o económica que de acciones bélicas. Aunque no las rehúyan, llegado el caso, no pocas de sus incuestionables victorias han derivado hacia soluciones y paces de compromiso. Frente a aquel expansionismo de mercaderes, surgió Roma y su imperialismo, tenaz e informado por una inquebrantable voluntad de dominio. Por ello, conquistada Sicilia (262-261 a. de C.), se le impuso que sólo el poder naval le permitiría dar al traste con el predominio de Cartago en el Mediterráneo de sus ambiciones. El notable desarrollo de la marina soviética y su presencia creciente en el Mediterráneo traen a la memoria aquel esfuerzo naval de Roma, que no perdía oportunidad de buscar aliados o simplemente de asegurar la pasividad de neutrales en su larga lucha contra Cartago. Es ya tópico enjuiciamiento de historiadores ver en las guerras púnicas un duelo entre Oriente y Occidente, entre dos civilizaciones, dos culturas y filosofías. Entonces Cartago representaba a Oriente y Roma a Occidente. Actualmente parece que se han cam-

biado los papeles, si bien la puesta sigue siendo la misma. Malta es una de las bazas de esa gran partida que se juega en el marco de una no guerra que no es exactamente la paz.

A Gran Bretaña le corresponde un tanto de culpa en ese volverse de Malta hacia Oriente por el atajo del neutralismo tercermundista. Durante su presencia colonial en el archipiélago practicó una paciencia y tozuda política de exaltación del factor fenicio, luego oriental, para minar la influencia que Italia ejercía en él, cuando el factor latino es también parte irrenunciable de ese híbrido histórico-racial que es Malta. Son incontables las bombas de nocivos efectos retardados que Gran Bretaña sembró por el mundo en su andadura imperial.

#### LAS RELACIONES CHINO-SOVIÉTICAS Y LOS ESTADOS UNIDOS

Hasta despejarse, al menos en lo inmediato, la incógnita planteada por la sucesión de Mao Tse-tung, han sido tantas las noticias originadas por China Popular durante el mes de octubre, que la actitud de la URSS ante la nueva situación ha quedado como el retumbar de un trueno durante la tormenta. No nos referimos a la negativa china a aceptar los pésames de partidos comunistas más o menos vinculados a Moscú, entre ellos los llamados «eurocomunistas», sino a la reacción que con cierta demora parece haber provocado en el Kremlin aquella manifestación del firme propósito de los sucesores de no modificar el rumbo antisoviético impreso por el Gran Timonel a la gigantesca nave china, por muy arriesgado que sea considerar tal reacción, dado lo contradictorio de la información sobre el particular. aunque una de cal y otra de arena forme parte de los métodos diplomáticos. En efecto, mientras en discurso pronunciado en una cena en honor del dirigente del Partido Comunista de Mongolia, Yumshaguin Tsendenbal, de visita en la URSS, Leonid Breznev abogaba conciliador en favor de una mejoría de las relaciones asiáticas, lo que podía interpretarse como un gesto de buena voluntad y acercamiento a China Popular, el indefinible periodista Victor Louis publicaba en la prensa occidental la información de que en Moscú se estaba presionando a Pekín para que a corto plazo—se mencionó un mes—rectificara el tiro en materia de política antisoviética, pues en caso contrario la URSS habría de adoptar «decisiones irreversibles». De ser cierta esa información, y no es imposible que lo sea en razón de la intranquilidad que ha causado a la URSS las dos últimas explosiones atómicas subterráneas chinas, se trataría de un ultimátum. En todo caso, a renglón

seguido, Henry Kissinger declaró que «los Estados Unidos considerarían materia grave el que China se viera amenazada por una potencia extranjera. La integridad territorial y la soberanía de China es muy importante para el equilibrio mundial».

Puede prestarse a irónicos comentarios el que esa especie de fortaleza del capitalismo liberal que son los Estados Unidos se declaren dispuestos a garantizar la integridad territorial y soberanía de la comunista China Popular; pero el hecho es que, efectivamente, ambas cosas son muy importantes para el equilibrio mundial. Mientras la URSS ha de estar atenta a su larguísima frontera con China, hay alguna seguridad de que no pueda echar toda la carne en el asador bélico de Europa... y viceversa. De ahí el interés de China en mantener buenas relaciones con una Europa occidental, cuyas fronteras retienen a parte no despreciable de las fuerzas armadas soviéticas. Por lo demás, al salir fiadores de la integridad territorial y la soberanía de China, los Estados Unidos no innovan una política. Vuelven a la que han tenido tradicionalmente con ese país y a la que puso en un brete la guerra civil china. Entonces, antes de que la guerra fuera una realidad, los Estados Unidos se afanaron por hallar una solución de compromiso entre el Kuomintang y el partido comunista. Fracasado su propósito, en plena guerra fría con la URSS y ante el temor de que el comunismo chino fuera el peón de brega asiático de Moscú, Washington optó por apoyar a Chiang Kai-shek. En cambio, el general Stillwell y el embajador norteamericano Gauss se mostraron partidarios de mantenerse a la expectativa. No fueron oídos, pero sí cesados en sus cargos. De otra parte, si bien el viaje a China del presidente Nixon cerró el paréntesis a la vista del público, hacía años que se celebraban conversaciones calificadas de secretas entre norteamericanos y chinos que se reunían en Varsovia. Eran exponentes del deseo de Washington y Pekín de reanudar una vieja amistad iniciada en 1840, con relaciones comerciales que llevaron al Tratado de Wampoa (1844), en el que los Estados Unidos conseguían el beneficio de «nación más favorecida». La derrota de China por Japón (1894) puso de manifiesto la amistad norteamericana por China, por cuanto la formulación de la política de la Puerta Abierta estorbó las ambiciones de Japón y potencias occidentales. De nuevo en 1915 los Estados Unidos impidieron que Japón convirtiera en vasalla a una China sumida en el caos, y en 1922, en la Conferencia de Washington, logró para China un *status quo* que la puso a salvo de las apetencias occidentales. La invasión de Manchuria en 1931 y el ataque a China

por parte de Japón en 1937 fueron claramente desaprobados por la Administración y el pueblo norteamericano, sobre el que ejerce una especie de fascinación cuanto se relaciona con China. Es decir, que el comunismo y no China, en cuanto nación, fue la causa no del enfriamiento, sino del latente enfrentamiento entre Washington y Pekín. Pero el componente comunista de China fue perdiendo paulatinamente importancia para Washington al iniciarse entre Pekín y Moscú un pleito que tiene visos de conflicto y que ha sido en ocasiones conflicto armado en la larga frontera, aunque suelen silenciarse estos choques por ambas partes.

En suma, la disputa chino-soviética ha creado un mundo tripolar, singularmente al finalizar la Revolución Cultural. Es una situación en no pocos aspectos beneficiosa para que se mantenga el equilibrio que se califica de paz. Ahora bien, según los especialistas en la materia, la estructura tripolar es ambigua y todo conflicto tiende a ordenarse necesariamente conforme a una estructura bipolar. Por ello, habida cuenta de que subsiste el contencioso entre los Estados Unidos y la URSS, a despecho del relajamiento de la tensión más aparente que real en último análisis, ya que ninguna de las dos superpotencias ha desistido de alcanzar sus objetivos a escala mundial, está en la lógica de la estrategia global norteamericana que el simple riesgo, eventualidad o hipótesis de conflicto armado chino-soviético provocado por la URSS lleve a los Estados Unidos a estar al quite. Asimismo estaría en la lógica de la estrategia global soviética estar al quite de verse China amenazada por los Estados Unidos. Lo que no cabe pronosticar es a cuál de los dos adversarios se adscribiría China Popular de producirse un choque directo entre los Estados Unidos y la URSS. Todo dependería de la facción que estuviera en el poder en Pekín, lo que explica la atención que Moscú dispensa a su vecina. De ser presidente del Comité Central del Partido Comunista de China Hua Kuo-feng, que rechazó el telegrama de felicitación enviado por Leonid Breznev cuando asumió esa presidencia, es de presumir que Pekín no volaría en ayuda de Moscú en ningún caso. Pero ¿quién puede afirmar que Hua Kuo-feng es tan inamovible en su alta jerarquía como lo fuera Mao Tse-tung?

TRANSKEI, O LA INDEPENDENCIA VETADA, Y ZIMBABWE, O LA INDEPENDENCIA  
PROPULSADA

Por poco sentido del humor y espíritu crítico que tenga el historiador del futuro aplicado a estudiar las múltiples resoluciones de las

sucesivas Asambleas Generales de la ONU, habrá sabrosos comentarios sobre algunas de tales resoluciones. Irrealistas unas, puestas en solfa otras, tampoco faltan las incongruentes. Entre éstas puede figurar la adoptada el 26 de octubre, que por 134 votos a favor y la abstención de los Estados Unidos invalidó la declaración de independencia del Transkei y una vez más condenó a Africa del Sur. Bien es verdad que al término de una autonomía de la que el Transkei gozaba desde 1963, la nación de los xhosa comparecía ante el mundo con la blanca vestimenta de una pacífica, concertada y acompasada adhesión a la independencia, preparada por Pretoria, de forma a que el país pudiera volar con sus propias alas políticas, administrativas y económicas. No es atavio adecuado para que a un país se le otorgue el título de independiente. El que abre las puertas es el atuendo de guerrillero fogueado en protestas y combates, el del heroico combatiente por la libertad, dado que la erótica del heroísmo impera en los ámbitos onusianos. El romanticismo no feneció en el siglo XIX, de suerte que la independencia sin ríos de sangre, lágrimas, destrucciones y caos ha de ponerse en cuarentena, cual pestiferada. Tal ha sucedido con el Transkei, culpable además del hecho escandaloso de pretender conservar lazos de amistad y cooperación con Africa del Sur.

Todo bien considerado, el no reconocimiento de la independencia del Transkei no llamaría excesivamente la atención de no darse el caso de que desde la fundación de las Naciones Unidas en 1945, Ucrania y Bielorrusia figuran en la organización como naciones independientes, con voto propio, siendo como son incuestionablemente repúblicas soviéticas de la URSS. O sea que, en último término, considerar el Transkei parte artificiosamente declarada independiente de la República de Africa del Sur, ya tenía en la ONU los antecedentes de Ucrania y Bielorrusia. Pero la URSS no es Africa del Sur. Sólo una lamentable falta de inteligencia no permite apreciar la diferencia. Asimismo la República Popular de Mongolia, aún más supeditada a la URSS que por lo pasado desde 1962, año del gran pleito soviético-chino, tiene todos los visos de un protectorado y hasta de avanzada soviética en esa región de Asia, según denuncia China Popular a voz en cuello. No muy otras son las circunstancias de Bután, controlado por la Unión India en lo económico y militar—los mandos de su ejército son indios—, en particular desde que China Popular hizo acto de presencia en el Tibet. Sin embargo, ambos países asiáticos tienen los honores de la independencia reconocida en la ONU. ¿Cómo pasaron inadvertidas en la Asamblea General tan elementales realidades?

El historiador del futuro acaso desvele la razón de ese silencio onusiano que suena a conformismo.

Aparte del propósito de llevar un triunfo a la baraja electoral de Gerald Ford, similar conformismo informó las andanzas postreras de Henry Kissinger por Africa a fin de resolver el problema que origina Rhodesia. Es obvio dar por sentado la buena intención del secretario de Estado de los Estados Unidos al proponer un plan para transmitir el poder a los rhodesianos negros. Sin embargo, en este caso no parece desacertado el severo juicio que Henry Kissinger merecía a Mao Tse-tung, según formuló en la entrevista celebrada con el presidente Pompidou, y que recoge un reciente número de *Le Nouvel Observateur*. Dijo Mao Tse-tung: «... en muchas ocasiones sus criterios no son muy inteligentes». Los actos pueden verse afectados por el mismo fallo.

Por lo pronto, la Conferencia de Ginebra, que reunía al jefe del Gobierno blanco de Rhodesia, Ian Smith; al representante británico, Ivor Richard, y a los candidatos al poder en Zimbabwe, sólo a trancas y barrancas pudo iniciarse el 28 de octubre. Como punto de partida, los líderes negros rechazaron la eventual participación de Kissinger, no obstante haberles puesto éste el pie en el estribo de la rápida independencia, y se adhirieron a la tesis británica de que el plan Kissinger era sólo base de negociaciones, mientras que Ian Smith se atenía a ese plan, del que sólo cabía negociar las modalidades de aplicación: la independencia dentro de dos años y un Gobierno provisional con atribución de las carteras del Interior y la Defensa a ministros blancos. Durante todo el mes de noviembre se han sucedido las incidencias, amenazas de ruptura y esfuerzos de conciliación a cargo de Ivor Richard para acordar a blancos y negros unidos sin fisuras en su oposición a Ian Smith, máximo exponente del poder blanco. Esta oposición es realmente lo único que puede unir en un frente patriótico al reverendo Sithole y al guerrillero Mugabe, el más flexible Nkomo y el obispo Muzorewa, que, por cierto, comparten al alimón la jefatura del Congreso Nacional Africano, por cuanto uno la ostenta dentro de Rhodesia y el otro en Mozambique, donde reside. En lo que respecta al ZANU (Unión Nacional Africana del Zimbabwe), su presidencia por el reverendo Sithole resulta mediatizada por la presencia en esa formación de Mugabe, jefe del Ejército popular o ZIPA, que comprende de 12 a 15.000 combatientes, bien entrenados y amparados en el santuario de Mozambique. Por tanto, aun antes de lograda la independencia, ya están en la palestra líderes y formaciones que, de no producirse un milagro, desistirán de renunciar al po-



der en provecho de uno de ellos. Lo sucedido en Angola excusa dotes proféticas para aprehender lo que puede suceder en Zimbabwe, donde ya se registran luchas entre facciones cuyos líderes están presentes en Ginebra, acompañados por impresionantes séquitos. Por lo pronto, Robert Mugabe, que puede aducir el argumento contundente de su ejército de guerrilleros, ha desplazado a última hora al reverendo Sithole en las conversaciones con Ivor Richard; a su vez, Nkomo parece haber desplazado al obispo Muzorewa. Es una clarificación previa de la futura situación, pero de proclamarse efectivamente la independencia, a lo sumo el 1 de marzo de 1978, después de una etapa de gobierno provisional, como se informó el 29 de noviembre, cabe preguntarse si a renglón seguido el Frente Patriótico no se romperá por el punto más débil, que es el de grupos políticos carentes de fuerzas armadas y organizadas. Es decir, que el extremista Mugabe y su ejército popular tienen probabilidades de asumir el poder en el país por cuya independencia se afanan en Ginebra.

#### EL GRUPO DE PLANES NUCLEARES Y LA DEFENSA DEL MUNDO OCCIDENTAL

En la División de Planes y Política de Defensa de la Secretaría de la OTAN, el Grupo de Planes Nucleares es el organismo más secreto y, por ende, más discreto de la organización, precisamente por ser como es elemento importantísimo de esa columna vertebral del Tratado del Atlántico Norte, que es su componente militar. De ahí que sus reuniones y deliberaciones rehúyan la publicidad, por cuanto en ellas se sacan a colación temas tan fundamentales para la defensa del mundo amparado por el Tratado, como son los planes nucleares. Sin embargo, ha escapado un poco a ese hábito de discreción la reunión celebrada en Londres del 17 al 19 de noviembre de los ministros de Defensa de los países pertenecientes a la OTAN y presidida por el secretario de Defensa de los Estados Unidos, Ronald Rumsfeld, por cierto a punto de dejar el cargo por cambio de titular en la Casa Blanca.

La escueta información facilitada señalaba que la reunión se dedicaba a estudiar la forma de paliar los posibles fallos existentes en el sistema defensivo nuclear, siempre a reconsiderar en razón de los incesantes avances de la técnica soviética, que no se toma punto de reposo. Al parecer, la alarma la ha suscitado, de una parte, las pruebas efectuadas por la URSS con un misil de alcance intermedio y tres cabezas nucleares—el «S-20», eventualmente destinado a ser

empleado contra objetivos de la Europa occidental, y de otra, por las pruebas llevadas a cabo desde un submarino de un misil intercontinental, equipado a su vez con un mínimo de tres cabezas nucleares —el «SS-NX-18»—, el cual plantea problemas a la hora de comprobar el cumplimiento de los acuerdos sobre limitación de armas estratégicas. Por lo pronto, para neutralizar la eventual amenaza en el marco de la disuasión, los Estados Unidos enviarán a Europa los nuevos cazabombarderos «F-111» y los cazas «F-16», dotados de singulares avances técnicos y de armamento nuclear. En este orden de ideas cabe señalar que el presidente Ford ha autorizado la producción del bombardero estratégico «B-1», el avión militar más caro hasta el presente, destinado a sustituir los «B-52», que ya tienen veinte años. Sin embargo, es de presumir que el Grupo de Planes Nucleares se aplicará a establecer proyectos de mayor envergadura con vistar a seguir disuadiendo al potencial adversario de emplear sus armas nucleares.

No sería la primera vez que la OTAN, incambiada en sus estructuras desde 1949, ha adecuado los planes nucleares de su estrategia a la situación para mantener seguridades defensivas, puestas en peligro por los desarrollos de la técnica soviética, que alteraban los conceptos de disuasión. Así la estrategia de defensa directa de Europa mediante represalias masivas pasó a la historia tan pronto como la URSS se convirtió en potencia nuclear y, a renglón seguido, en termónuclear. Entonces las represalias masivas se vieron sustituidas por el concepto de una autolimitación bilateral en el empleo de las armas atómicas, lo que impulsó al desarrollo y fortalecimiento de las fuerzas convencionales. Es decir, que los planes estratégicos se orientaron hacia la defensa indirecta y el empleo de una nutrida cadena de radares y otros medios de alerta, entre ellos el de la defensa aérea, con vistas a prevenir un eventual ataque atómico. El lanzamiento del *sputnik* en 1957 puso de manifiesto que el propio territorio de los Estados Unidos ya no estaba a salvo de una arremetida soviética, lo que evidenciaba el fallo básico del vigente plan estratégico. La llegada de Kennedy al poder provocó una reconsideración a fondo de tales planes no sólo en el ámbito militar, sino también en el de la filosofía de la disuasión. Se impuso entonces el concepto de «réplica limitada», respaldada por la enorme fuerza de represalia norteamericana. Desgraciadamente, ni esta prudente postura frente al potencial adversario ni las conversaciones SALT, muy posteriores a su adopción, han frenado el desarrollo atómico que por ambos bandos se justifica, acusando al otro de seguir perfeccionando su arsenal nuclear. No hay optimismo

que permita confiar en que las superpotencias desistirán de su empeño de poner siempre más en su punto los medios de destrucción nuclear, tal vez por abrigar la esperanza de dar con la llamada «arma decisiva», susceptible de aniquilar de entrada toda la capacidad de réplica del adversario. En todo caso, actualmente parece que, merced a la disuasión, los medios militares quedan excluidos para modificar situaciones en Europa. En cambio, en otras regiones del mundo no ha habido disuasión que impida el forcejeo entre los supergrandes y en ocasiones entre sus respectivos conmlitones para ejercer una acción.

Por lo demás, al margen de ese factor de las pugnas entre potencias que son las fuerzas armadas, hay otros factores que pueden ser ya que no decisivos, sí corrosivos. Aunque no achacable a la URSS, la crisis del petróleo es exponente de la trascendencia de lo económico en la latente confrontación entre el Este y el Oeste, por cuanto los países industrializados, que por antonomasia son los del Oeste, resultan sumamente sensibles en sus economías, necesitadas imperiosamente de energía y materias primas, así como de mercados. Y es éste campo abonado para desarrollar una estrategia indirecta que se hurta a los efectos de la disuasión nuclear e incluso a la disuasión que se deriva de un potencial militar incrementado y perfeccionado año tras año, según los planes estratégicos de la OTAN y ceñidos a la evolución del potencial militar del Pacto de Varsovia, lo que disuade del logro de objetivos políticos con medios militares. Ello no equivale a decir que la URSS y sus aliados, puestos los ojos en la meta política que les señala su común ideología, desisten de actuar con otros medios. Es lógico. Su acción se deriva de una estrategia total, en la que la estrategia, en su estricto sentido militar, es sólo elemento supeditado a una política que fija objetivos a corto o largo plazo y que son consecuencia de la filosofía marxista-leninista. Hasta el presente, Occidente no ha dado con la parada en el terreno ideológico y concentra sus esfuerzos en mantener la disuasión en un ámbito geográfico determinado por el Tratado del Atlántico Norte, así como la prosperidad y el bienestar, amenazados éstos por el Tercer Mundo, suministrador de energía y materias primas, pero donde, como mancha de aceite, progresa la influencia marxista.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

